

“Desconstruyendo” al populismo

• Ibsen Martínez

Para comenzar, una incisiva observación que debemos a la admirable periodista española Maite Rico.

En una pieza suya titulada *Ladrones de palabras* (Letras Libres, Madrid, junio de 2004), Rico se desfoga, con razón, contra al generalizado afán de censurar todo pensamiento crítico, o sencillamente disidente, sirviéndose para ello de la llamada corrección política:

"El día que leí que a Bugs Bunny lo habían censurado por llamar 'tonto' a un esquimal comprendí que estábamos perdidos.

"Contenido racial ofensivo", esgrimió la cadena de dibujos animados Cartoon Network para cargarse un episodio y una docena más. Ignoro cuántos esquimales se sentirán ultrajados por las bromas de un conejo idiota. Ignoro igualmente —continúa— si la empresa secuestraría los capítulos donde los burlados son hombres blancos: Bugs Bunny no solía hacer distinciones.

"Generaciones de todos los colores crecimos con sus aventuras sin manifestar traumas emocionales ni crisis de identidad.

"Pero los guardianes de la corrección política se multiplican y nos acechan. "El oscuro manto del fundamentalismo bienpensante se cierne sobre nosotros, amén".

II

Por el tiempo en que Maite Rico publicó su pieza, hacía poco que un europarlamentario de ascendencia africana denunciaba enérgicamente el uso burocrático y periodístico de la palabra "inmigrante" por todo lo que, según él, enmascara esa voz del diccionario.

Este caballero, que se llama Sami Naïr, recurrió a un manido argumento de la izquierda posmo: "El lenguaje es totalitario, fascista y tramposo por definición", tronó Naïr quien además piensa que "las palabras sólo perpetúan las relaciones de poder que laten en la vida social".

Hasta ahí, bien. Muy discutible, por histérico y especioso, pero se puede admitir provisionalmente esa hipótesis en aras del debate. Lástima que monsieur Naïr se colocase en inmarcesible ridículo al concluir que la palabra "inmigrante", impresa en un diario francés, ya no significa "trabajador extranjero", sino de raza "inferior".

Un tipo como Naïr no puede darse cuenta —o tal vez sí, y le da lo mismo— de que la corrección política es un fullero juego malabar semántico que puede exculpar a una banda terrorista y narcotraficante como las FARC llamando a sus sicarios "actores armados".

Toda esta vaina de la corrección política trae consigo más de una paradoja, pues se supone que ella debe estar al servicio, por ejemplo, de las libertades individuales.

Pues bien, los intolerantes de todo signo, como muy bien señala Maite Rico, han sido los primeros en aprender sus mañas.

Tal fue el caso de los manifestantes integristas musulmanes que, hace algún tiempo, protestaban en toda Francia la aprobación de la llamada "ley del velo" que proscribió el uso del mismo en las escuelas públicas.

La aprobación de esa ley fue un gran triunfo, compartido por los colectivos feministas franceses —en especial los que agrupan a mujeres musulmanas— y el Estado liberal laico.

Una organización de mujeres que luchan por los derechos de sus hermanas magrebíes, agobiadas en los guetos por el fundamentalismo de sus machos integristas, se movilizó en aquella ocasión con una consigna que es, a la vez, el nombre del grupo: "Ni putas ni sumisas".

¿Cómo respondieron los fundamentalistas? Con iracundas manifestaciones cuyas consignas habrían podido acompañar a las mejores causas progresistas: "Por una escuela para todos y para todas". ¡Ja!. "Contra una sociedad de exclusión." ¡Dos veces ja ja ja!

Rico concluye con la advertencia de que, en estos tiempos de rebaños dispersos y confusión de lenguas, los bienpensantes de izquierda, los reaccionarios de derecha y los fundamentalistas religiosos de cualquier credo comparten sólo la intolerancia.

"Empiezan robando palabras, chistes, dibujos animados y terminan resucitando el delito de opinión y la quema de libros".

¡Pensar que Rico escribía esto mucho antes del sangriento episodio de las caricaturas de Mahoma!

Entre las últimas palabras que nos ha sido robada está la palabra "populismo".

III

Hasta hace poco, uno podía hacerse entender, sin lugar a equívocos, al llamar "populista" a cualquier régimen electoralmente fraudulento, tiránico, manirroto, palabrero, clientelar, azuzador de resentimientos de casta o de raza, corrupto y corruptor.

Pues bien, cierta izquierda bienpensante ha decidido robarnos la palabra y dotarla de un sentido reivindicador: volverla contra sus enemigos; reivindicar lo que de humano y solidario tiene el populismo.

La operación, desde luego, comienza en la academia, en los centros de estudios culturales y del tercer mundo que hay en muchas universidades gringas y algunas europeas.

Por ejemplo, hay un señor que dicta clases en la universidad de Essex, Inglaterra. Se llama Ernesto Laclau, se define a sí mismo como post-marxista (¿qué podrá ser ello?) y el Fondo de Cultura Económica le ha publicado un galimatías titulado *La razón populista*.

Como es ya característico de la industria académica hoy día, Laclau se esmera en la cocción de una bullabesa hecha de Foucault, Derrida, Lacan, de métodos de la lingüís-

tica generativa transformacional, con su pizca de Antonio Gramsci y préstamos de terminología las ciencias duras.

En uno de sus ensayos, Laclau dice cosas tan inextricables como esta: "La construcción de una subjetividad popular sólo es posible con base en la producción de significantes tendencialmente vacíos". A veces uno duda de si Laclau está a favor o en contra. A trechos luce como si sólo quisiera poner en claro un uso apropiado y académicamente útil de la voz "populismo". Pero está a favor, ¡ya lo creo que está a favor!

No he podido confirmarlo, pero se rumora que "el oficialismo" piensa invitarlo a "validar" el proceso con una gira de conferencias.

IV

Raúl Morodo, embajador de España en Venezuela, es otro bienpensante de allende los mares que encuentra peyorativo llamar populista a lo que aquí nos aflige y empobrece y nos hace violencia día a día.

El despabilado monaguillo y albacea político de Tierno Galván ha publicado hace poco en El País de Madrid un artículo que El Nacional reprodujo el pasado 11 de febrero. Eche usted un vistazo al siguiente párrafo:

"... a diferencia de anteriores mistificaciones populistas, más dentro de la demagogia, el nuevo populismo pretende —y otra cuestión es que lo consiga— ser democrático, acudiendo a elecciones periódicas, no utilizando la violencia y ajustándose a la legalidad constitucional establecida: Chávez, Lula, Kirchner, Morales, Tabaré Vázquez y, eventualmente, López Obrador en México, y Ortega, de nuevo, en Nicaragua, tienen entre sí divergencias, pero también supuestos finalistas comunes: pretender un amplio desarrollo social, salir de la endémica pobreza y de la dependencia frustrante, no prescindir de las libertades y asentar una multilateralidad productiva".

"Nuevo populismo", así lo designa Morodo para distinguirlo de "anteriores mistificaciones populistas". Sea.

Pero la verdad, Raulín, no se ve cómo alguien que ha cerrado la frontera con Colombia y suspendido arbitrariamente el suministro petrolero a República Dominicana, pueda estar haciendo algo por la "multilateralidad productiva". En lo que atañe a "no prescindir de las libertades", ¿cómo llaman en la Complutense a la indeclinable voluntad de acallar a periodistas y medios de prensa de que este gobierno ha dado suficiente muestra?

Morodo afirma en su artículo que el uso peyorativo de la voz "populismo" es de inspiración eurocéntrica. Pero él mismo incurre en eurocentrismo, y del más rousseuniano, cuando dice de Chávez que "la trasgresión retórica provoca suspicacia y, sobre todo, hostilidad" entre quienes están por el status quo y que, en este sentido, "el presidente Hugo Chávez es un gran transgresor inocente porque sólo la inocencia es rebelde".

Rebeldes y trasgresores fueron también Franco y los generales de julio de 1936, señor embajador, y esos de inocentes no tenían un pelo.

Morodo encuentra que el cliente mayor de la industria armamentista española es un buen salvaje que sólo hiere con su retórica; un Caliban incomprendido. ¡Morodo, el constitucionalista del 78 nos ha resultado un fray Bartolomé de las Casas del populismo militarista venezolano!

¿Inocente transgresor el hombre que, entre gallos y media noche, taimadamente pone en marcha un golpe militar para derrocar a un presidente impopular pero legítimamente electo?

Con la misma benevolencia paternal del embajador de España habría que concluir que Antonio Tejero, de cuya vil astracanada se conmemoran 25 años en estos días, fue un inocente transgresor de la constitucionalidad española. Sobre todo al comparar el saldo de muertes que el 4 de febrero de 1992 dejó entre nosotros.

¿Inocente transgresor quien, sin hacer distinciones, descalifica como golpista a toda la oposición venezolana, al tiempo que conmemora como día patrio el sangriento cuartelazo del que él mismo fue cabecilla?

Ah, pero es que quien nos habla es español, y aquello ya no es la España de *Baza de espadas* ni de *El Empecinado* ni de los pronunciamientos militares al mayoreo ni del estraperlo y los fusilamientos, sino la democrática España de la Unión Europea, cuyo gobierno socialista, con gran alarde antinorteamericano, retira tropas de Irak sólo para enviar, a la chita callando, muchas más tropas a Afganistán.

Entre tanto llegamos a parecernos, no digas tú a España, sino siquiera a Chile, Raúl Morodo nos invita, con ejemplar cinismo, a ser más conformes y comedidos, a tener más corrección política y a no andar llamando "populista" a esta promisoriosa disfunción latinoamericana que nos toca vivir en Venezuela... y que compra con buenos petrodólares cañoneras y aviones de guerra españoles.